

MANIFIESTO DEL CABALLO DE FUEGO Y POESÍAS, por Antonio de Undurraga; Ediciones Acanto; Santiago

¿En qué medida la paralogización estética colectiva de la época actual promueve indirectamente en el arte en general un inquieto impulso de renovación? No hay duda que en el Arte en general la expresión ha aligerado sus alas, y que por sobre el grávido volar del viejo pensamiento clásico, zig-zaguean, como relámpagos vivísimos, nuevos giros y nuevas imágenes.

Pero en la poesía moderna, o mejor dicho, modernista, las imágenes son meramente objetivas, y los giros, más que finos donaires de expresión, descoyuntamientos que estropean la clara visión de la forma. Cuanto al contenido... bueno; preciso es decir de una vez que la joven poesía modernista es como una selva virgen, en la que danzan y se mueven en locas zarabandas, estériles ideas. Falta el sentimiento, que las fecunde.

Raras veces, por consecuencia, esta poesía produce al espíritu deleite ni conmociones íntimas, aunque sí impresiona intelectualmente. Como este Manifiesto del Caballo de Fuego y Poesías, de Antonio de Undurraga. Aunque en Antonio de Undurraga, poeta representativo en su género, hay como un involuntario esfuerzo hacia atrás—hacia adentro, diríamos—; una como subjetiva instancia de darle *expresión*, a su expresión. El revuelto tropel de imágenes que señorea con múltiples imperativos las páginas del volumen, se aquieta a instantes, tras alguna oda novísima o algún magnífico soneto eróticamente deshumanizado, en introspectivos intervalos de ensoñación, y la emoción marca entonces su escondido ritmo a la verdadera poesía. Son aislados versos, o estrofas, en los cuales el autor, como cogido de pronto por recóndita ráfaga, suelta las duras riendas de su técnica, y tropieza, y cae felizmente; y abre los ojos... Y el corazón:

«A un vuelo de abejas está mi padre muerto
y no puedo tocarle. Está mi padre vivo
y yo no puedo hablarle. Y dudo que ha existido
y no puedo nombrarle.

Entonces, lentamente,
como un arbusto nace el llanto de mis ojos . . . ».
(El Muro de los Espejos; pág. 20).

Pequeño oasis de emoción, en el que fluyen aguas ancestrales. Como el siguiente:

«Hoy de la casa: nada.
Hoy de mi padre: nada.

¡Oh! el corredor inmenso con delantal de luna
que con él recorría en el rojo verano
con mis pasos de niño aferrado a su mano,
con mi traje de brin y alegría oportuna.

¡Oh! aquella casa antigua
pintada de amarillo y a mi infancia contigua;
¡oh! aquella casa arcaica de vastos corredores
que fué lenta madera de los acreedores».

(Pre-Vida; pág. 49).

Después vuelve a empuñar las fogosas riendas de su Caballo de Fuego y, cantando todavía alguna bella canción inteligible, como La Canción del Marinero, algo al margen de rutas y de influencias, aviva su corcel, y logra pronto en su carrera destacarse de nosotros y alcanzar abruptas latitudes, que le esconden a las miradas de nuestra sensibilidad y comprensión.—
GUILLERMO CISTERNAS.

